

hemos de ver la caída de nuestra civilización católica como algo que nos ha de enriquecer a través de los misteriosos juicios de Dios: «Dios no ha desechado al pueblo que El eligió». Dios quiere enriquecernos con la esperanza en sus promesas infinitamente misericordiosas.

La esperanza exige, en primer lugar, el deseo de lo esperado. Y entonces lo primero que debemos fomentar: deseos, grandes deseos de la cristianización del mundo; empezando por nosotros mismos. Deseos de ser cristianos cabales en la fe y en la conducta, para poder ser instrumentos del Reino de Cristo, cuyo advenimiento debemos ardientemente desear.

En segundo lugar, la esperanza implica confianza. Aquella erección fiducial que nos hace levantar por encima de las evidentes dificultades de nuestra empresa; apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en la infinita potencia de la misericordia de Dios.

Pasemos ya al evangelio (Lc 14,1.7-11). El evangelio nos habla de la humildad: «Todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido». La humildad es una virtud típicamente cristiana, como antes se nos ha dicho. El cristiano sabe que su vida y labor se mueven en un ámbito sobrenatural en el que nada puede sin el favor de Dios, su gracia. Hemos de ser humildes si queremos ser salvados e instrumentos de la voluntad salvífica de Dios en Cristo.

Estamos en sábado, día dedicado a la Santísima Virgen. Ella ha sido el gran instrumento colaborador en la redención, corredentora, porque era la humilde por excelencia, la esclava del Señor. Mejor dicho, porque el Señor la quiso corredentora, por esto la hizo tan humilde, totalmente receptiva de su Palabra: «¡Hágase en mí según tu palabra!».

Ella, que nos dio ejemplo, nos obtenga del Señor el don de la humildad. Y también el de la esperanza. Ella supo esperar contra toda esperanza, al sufrir, como nadie, la experiencia de que su divino Hijo es signo de contradicción. Que ella, desde la experiencia gozosa de su victoria, nos aliente en nuestra lucha. Amén.

HOMILIA DEL P. MANUEL MARTINEZ CANO

Desconocida pero querida Comunidad de Monjas Mínimas de este Santo monasterio de Jesús María, empiezo con esta aparente contradicción en mis palabras —pues no se puede amar lo que no se conoce— porque, aunque es la primera vez que vengo a este Oasis de paz, desde que la Madre S. M. T. Alonso publicó la vida de Sonia Díaz Parga, joven militante de nuestra Unión Seglar de San Antonio María Claret, de quien ha dicho el Cardenal Narciso Yubany que es una santa de nuestros tiempos, mi pensamiento ha volado muchas veces por este santo monasterio.

Queridos amigos de la Ciudad Católica y hermanos en los purísimos Corazones de Jesús y María. Este año nos hemos reunido para conocer, estudiar y desenmascarar al Romanticismo. El tema no puede ser más sugestivo: de la modernidad romántica a la postmodernidad anticristiana. En otras ocasiones nos reunimos para analizar el naturalismo, liberalismo, socialismo, comunismo, democratismo..., «ismos» que siempre desembocan en rabiosos ataques contra la Iglesia de Cristo, movimientos infernales que culminan en agnosticismo, ateísmo o antiteísmo.

No puede ser de otra manera, hermanos, porque el hombre no puede conocer la realidad objetiva de las cosas, no puede ni conocerse a sí mismo, si no conoce y acepta la revelación divina, la verdad absoluta. Has

de creer para entender, decía San Anselmo. Porque la verdad no es meramente la adecuación de la mente a la cosa o la cosa en sí misma. La verdad es aquel Niño nacido de la Virgen María, en la cueva descubierta por San José, cerca de Belén. Yo soy la Verdad, diría más tarde aquel Niño divino.

Indiscutiblemente: hay que creer para entender, y entiéndase bien, porque de ninguna manera rechazamos el conocimiento natural, ya que la fe presupone el conocimiento natural, como la gracia presupone la naturaleza. Pero hemos de creer como creían los santos, para entenderlo todo a la luz de Dios. Porque la fe impura o condicionada —más que la hostilidad— conduce a muchos a la ceguera espiritual. La fe se clarifica en la medida que el hombre se purifica y crece en la virtud.

Hermanos: vivamos de fe, como vivían los santos. Y tener fe, es ver a Dios en todas partes, como decía Santa Bernardita. Ver a Dios en la ternura de una madre, en el almendro florido o en el enfermo de sida abandonado, porque la fe sin obras es fe muerta, como nos está enseñando la Madre Teresa de Calcuta y tantos miles y millones de cristianos.

Sí, tener fe es ver a Dios en todas partes, como lo vivía San Ignacio de Loyola cuando decía a las florecillas: «¡callad, callad, ya sé que me estais hablando de Dios!». Y cuando lloraba de emoción pensando que el pan que comía y el agua que bebía los había creado su Padre celestial expresamente para él.

Dios está en todas partes, «entre los pucheros» también, como decía nuestra Teresa de Jesús. Y Dios está en el esposo y la esposa, en los hijos y en los padres, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, en el éxito y en el fracaso. Dios nos cuida, su divina Providencia no nos deja ni un instante.

Y Dios está hoy entre las matrículas de los coches. Me ocurrió hace dos días. Iba a coger el tren, pero una amenaza de bomba en la estación de Sans impidió el viaje. Deambulé por las calles rezando el Rosario, cogí el metro y, en uno de los pasillos, alguien me cogió del brazo mientras me decía: «yo también soy sacerdote». Hablamos. Me dijo que está escandalizado porque sabía que hay sacerdotes que no confiesan, ni rezan la Liturgia de las Horas, y porque oye muchas acerbas críticas del clero y religiosas contra el Papa. Sin embargo, él vive contento y feliz porque siempre está pensando en Dios. «Mire usted, me dijo, ve esa matrícula, B0 557 NM, yo sumo los números: cinco más cinco, diez; más siete, diecisiete, y digo: Señor, te amo diecisiete mil millones de veces, te pido perdón por mis muchos pecados, y así continuamente». Me pidió confesión y al marcharse me dijo: «este podrido mundo sólo puede salvarse por la oración». Me hizo recordar las palabras de Madre Maravillas: «España se salvará por la oración».

No lo olvidemos nunca, hermanos, la oración, sólo la oración, salvará al mundo. Lo entendió muy bien nuestra Sonia, que se quedaba estática horas enteras ante Jesús Sacramentado. Sonia decía: «Jesús es fiel, más fiel que nadie. ¿Qué mejor manera de aprender los mandatos de Jesús que ir a Él, ya que está con nosotros hasta el fin del mundo? ... Obséquiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias. ¡Oh Jesús, mi divino Esposo! Tomadme antes de dejarme manchar mi alma cometiendo la más pequeña falta voluntaria... María es la Madre que nos abre las puertas para ir a Jesús, el cual es todo, es decir, camino, verdad y vida, para quien desee la santidad».

Sí, Dios está aquí junto a nosotros, en el Sagrario. El divino Prisionero se ha encarcelado en la tierra para estar siempre con sus hermanos.

Cristo nos está viendo con los mismos ojos con los que contemplaba a su Santísima Madre, nos está escuchando con los mismos oídos con los que oía las plegarias de los ciegos, los lisiados y los leprosos. Cristo nos está amando con el mismo corazón con que ama al Padre y al Espíritu Santo. Sí, Dios vive entre nosotros. Dios nos ama. «Dios me ama, esa es la única verdad» (Beata Isabel de la Santísima Trinidad).

Amemos nosotros a Dios como lo amaron los santos. Como las monjas mínimas de este santo monasterio que fueron martirizadas por su amor a Cristo, por su fe heroica. Imitémoslas intrépidamente, porque quien teme a los enemigos de Cristo no tiene la fe verdadera. Juan XXIII lo decía con estas palabras: «El miedo no existe, lo que hay es falta de fe en Dios». Y San Ezequiel Moreno afirmaba rotundamente: «Este es el sello de la verdadera fe, la persecución. No seremos dignos del nombre de católicos si, como Jesucristo, no somos blanco de odio y persecución por parte de los malos».

Que los bienaventurados del cielo, cuya fiesta hoy celebramos, nos alcancen del Dios Altísimo la gracia de la santa intransigencia en la fe de nuestro padres y la valentía heroica de los mártires de nuestra última Cruzada.

HOMILIA DEL P. JOSE MARIA ALBA, S. J.

Es tradición inmemorial visitar los cristianos el día de Todos los Santos los cementerios, para orar por nuestros difuntos y avivar su recuerdo entre los que aún peregrinamos.

En este día de Todos los Santos, es conmovedor para todos los «Amigos de la Ciudad Católica», releer el artículo-memorial del último número de VERBO, que ha escrito Francisco-José Fernández de la Cigoña, «Mis amigos muertos», en el que con noble emoción repasa sus recuerdos de amistad y de veneración agradecida hacia tantas figuras próceres por su talento, patriotismo y virtudes, que sintieron hondamente la Ciudad Católica, se identificaron con sus ideales y, en último término, fueron «amigos de la Ciudad Católica».

Hoy, que es tan rara la flor de la gratitud, y el desagradecimiento se ha hecho connatural, incluso entre personas que se profesan religiosas, conforta que hombres como Fernández de la Cigoña, de la «Ciudad Católica», quieran fundar su vida intelectual como miembros de la «Ciudad Católica», en la gratitud y en el reconocimiento. Dios le bendecirá, como ya bendice a la «Ciudad Católica» y a todas sus empresas por la extensión del Reino de Dios, porque quiere ser «Ciudad Católica» y también «Compañía y Ciudad de la Caridad».

La solemnidad de hoy es la gran fiesta de la Iglesia. Es la gloria esplendorosa de la Iglesia. Ella celebra el triunfo de su hijos en la gloria. La que llamamos Iglesia Triunfante, es la que tiene ya en el cielo a sus hijos en número sin número. Tantísimos cristianos justos, formando sociedad con todos los ángeles buenos. Esa muchedumbre grande que nadie podía contar, aclama a Dios y le da gracias por el misterio de la Iglesia que ya se ha desvelado para todos los bienaventurados en la plenitud de los predestinados. Si los ángeles se diversifican en tantas jerarquías, categorías y ministerios, los hombres se señalan por toda tribu, lengua, pueblo, nación, edad, sexo, condición, en tan distintos grados de gloria, santificados por tan distintos caminos.